ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA

LA VALVERDE

APROPÓSITO CÓMICO

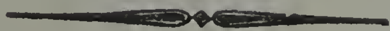
EN UN ACTO Y EN PROSA

escrito expresamente para la distinguida actriz

DOÑA BALBINA VALVERDE

POR

MARIANO BARRANCO



MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO.
1887

LA VALVERDE.

LA VALVERDE

APROPÓSITO CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

escrito expresamente para la distinguida actriz

DOÑA BALBINA VALVERDE

POR

MARIANO BARRANCO

Representado con gran éxito en el Teatro LARA, la noche del 15 de Febrero de 1887



MADRID: 1887
ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA VALVERDE	Sra. Valverde.
MATILDE	» Rodríguez.
FERNANDO	Sr. Rubio.
JOSÉ	» Tojedo.

A LA SENORITA

DOÑA JULIA DE LARA Y VALVERDE

SEÑORITA: *Para una hija buena y cariñosa, como lo es usted, no hay nada más agradable que el nombre de su madre.*

Este apropósito lleva ese nombre, y por lo tanto, á nadie mejor que á usted debe dedicarlo su afectísimo amigo seguro servidor

Q. B. S. P.

M. Barranco.

Madrid Febrero de 1887.

ACTO ÚNICO.

Sala elegante. Puerta al foro y laterales. Chimenea primera izquierda.

ESCENA PRIMERA.

FERNANDO, sentado junto á la chimenea, leyendo un periódico.

«Noticias del gran mundo.» Esto debe ser interesante. Hola! Funciones dramáticas en casa de los marqueses de Ponzano! Me alegro saberlo para no parecer por allí en una temporada. Y va á trabajar la marquesa! Pues no le faltaba al pobre marqués más que este nuevo trabajo de su... encantadora esposa! Hay hombres que merecen.. lo que tienen.—Eh? (Leyendo.) «Se »nos asegura también que en la *troupe* de este »aristocrático teatro figurará, y nada menos que »como característica cómica que es lo pasmoso, »una de las más bellas, más elegantes, más dis»tinguidas y más jóvenes de nuestras condesas.» Digo! No se podrá quejar la señora aludida. Debe ser difícil este género de literatura, para dejar á todas contentas. Y quién será ella? (Leyendo.) «Y más jóvenes de nuestras condesas.» Nuestras!... Por lo visto el revistero se cuenta copropietario de todas las condesas de Madrid, ó pertenece al número de los que llevamos ese

título y tenemos nuestra respectiva condesa en casa. Repito que debe ser muy difícil este género. (Leyendo.) «Novedades teatrales. Se dispone »para dentro de pocos días el beneficio de la »distinguida y popular actriz señora Valverde.» También prometo mi ausencia. No sé como hay quien resista los teatros de verso!

ESCENA II.

FERNANDO.—MATILDE.

MAT. Qué es eso? No has salido de casa?

FERN. No; digo... se me figura que no.

MAT. Con un día tan hermoso te quedas ahí, al lado de la chimenea, hecho un pánfilo!

FERN. Un pan... qué?

MAT. Un... bobo.

FERN. Es que me ha hecho gracia la palabrita. Un pánfilo!... (Cogiéndola la mano y haciéndola caricias.) Já, já!

MAT. Sí... vente con mimos y zalamerías!

FERN. Y por qué no? Si eres mi mujer, mi queridísima mujer...

MAT. A propósito: tengo que pedirte una cosa.

FERN. Adios! No puedo hacerte un cariño sin que inmediatamente me presentes una cuenta atrasada, ó me pidas dinero para pagarla.

MAT. Eh? En cambio yo no he visto hombre más tacaño ni más ridículo que tú.

FERN. Pero, hija, considera que el año es malo.

MAT. Para tí todos son malos cuando se trata de dar. Pero tranquilízate porque no es dinero, ni cosa que se le parezca, lo que deseo pedirte.

FERN. No? Entonces, qué es ello?

MAT. Es... que... estamos quedando como unos groseros con todo el mundo; que hemos recibido tres convites distintos para otros tantos bailes, y que no sólo no hemos asistido, sino que ni siquiera hemos tenido la atención de excusarnos de una manera conveniente.

FERN. Y qué placer sacas de asistir á esas fiestas?

MAT. Me gusta! El mismo que tú sacabas cuando, de soltero, asistías á todas partes.

FERN. El mismo... no es posible, hija mía.

MAT. Pero los hombres sois unos egoistas, unos completos egoistas. Pasais de solteros la vida más divertida posible; la correis en grande, haciendo todo género de tonterías; y luego, al casaros, tomais el matrimonio como si ingresárais en un cuerpo de inválidos, sin considerar que nosotras las mujeres no la hemos corrido de solteras, y es natural que...

FERN. Que querais correrla de casadas?

MAT. No señor; pero sí que deseemos divertirnos y gozar de todo aquello natural y... lógico.

FERN. Pero, hija de mi vida, qué culpa tengo yo de que tú no la hayas corrido de soltera?

MAT. Jesús!...

FERN. De buena manera. He de sufrir yo las consecuencias de lo que sólo ha sido falta de tus padres?

MAT. Fernando... no insultes á mis padres.

FERN. No trato de tal cosa; pero ellos debieron haber previsto todo esto para tranquilidad mía.

MAT. Cuando se casa la mujer, empieza su libertad.

FERN. Pero, hija mía, no á costa de la del marido.

MAT. Es que repito que tú eres un egoista. Solo vas donde te gusta y te diviertes.

FERN. Y donde puedo estar cómodo y á mis anchas

MAT. Sí; á tu palco del teatro Real.

FERN. Porque está dentro del escenario, y desde un rincón puedo ver y oir sin vestirme ni incomodarme. (Sospechará?)

MAT. Bien; comprendo que no quieras acompañarme á baile ninguno. A mí tampoco me seducen, si he de decir verdad; pero, y á los teatros, á los teatros de verso que son mi encanto?

FERN. Y á eso les llamas teatros?

MAT. Quiero que vengas una noche conmigo al teatro Lara á ver á la Valverde.

FERN. Dios me libre!

MAT. Te aseguro que te ríes de veras.

FERN. Sí; de tí y de tu gusto artístico.

MAT. Pero si tú no conoces ni has visto en tu vida á la Valverde!

FERN. Pero me la figuro por lo mucho que habeis hablado de ella.

MAT. Qué terco eres! (Es ya tarde!) Vamos, sacude tu pereza, y vete á dar una vuelta; anda.

FERN. No; á pie no me apetece el paseo, y no tuve la precaución de decir que engancharan mi coche.

MAT. Toma!... Es cuestión de un momento... verás. (Toca el timbre.)

FERN. Pero, hija, si no tengo gana.

MAT. Un paseo en coche abierto te sentará muy bien.

FERN. Es ya tarde.

JOSÉ. (Saliendo por el foro.) Llamaban los señores?

MAT. Diga usted á Tomás que enganchen el *docart* del señor, enseguida.

JOSÉ. Señora, el *docart* hace media hora que está enganchado y esperando.

FERN. Eh?

MAT. Ah! .. Bueno, pues diga usted que espere. (Vase José.)

FERN. Y quién ha dado la orden de enganchar?

MAT. Tú!

FERN. Yo?... Pero, hija, si no sabía una palabra.

MAT. Vamos, vamos; váyase usted á paseo, ó... donde pensara ir, que á mí no me la das tú.

FERN. Qué tontería! Me quedo, y así te probaré que no...

MAT. Te lo prohibo.

FERN. Eh?

MAT. Ya que tenías esa intención, ve donde quieras, y compara, compara entre el caracter complaciente de tu... infeliz mujer, y la insufrible tiranía que indudablemente ejercerá contigo la otra.

FERN. La otra?... (Sabrá algo!)

MAT. No; no digas quién es. No quiero saberlo... Me es igual, pero vete, vete.

FERN. Bueno; iré á la Castellana un rato.

MAT. Oh! Qué poca vergüenza!

FERN. Por qué?

MAT. Yo no te preguntaba si es castellana ó andaluza.

FERN. Pero si digo al paseo de la Castellana.

MAT. Qué desgraciada somos las que nos hemos casado con calaverones como tú! (Llorando.)

FERN. Pero, hijita de mi vida...

MAT. (Furiosa.) Déjame, déjame; y vete... vete ó tendremos una escena. (Amenazándole.)

FERN. Voy, voy. No te incomodes! Qué tonta eres! (Vase foro.)

ESCENA III.

MATILDE.—Después JOSÉ.

MAT. La verdad es que si yo llego á representar mi papel en casa de los Ponzanos tan bien como aquí, no me ha de escasear el público sus aplausos. (Escuchando.) Se fué el coche. Bravo! Tengo dos horas de tiempo lo menos. (Toca el timbre.) Y para primera lección creo que bastará.

JOSÉ. Señora...

MAT. Llevó usted mi carta á la señora Valverde?

JOSÉ. Sí señora; la llevé á su casa, pero me dijeron que estaba ensayando en el teatro Lara.

MAT. Y la dejó usted?

JOSÉ. No señora; tomé un coche, porque esa señora vive junto á la Plaza de Toros, y me fuí al teatro, donde, en propia mano, la entregué la carta de la señora Condesa.

MAT. Y qué dijo?

JOSÉ. Que la dispensara la señora Condesa que no contestara por escrito, porque estaba ensayando; pero que en cuanto terminara tendría el gusto de venir á ver á la señora.

MAT. Muy bien. Entonces esté usted al cuidado, y condúzcala usted á esta habitación en cuanto llegue.

JOSÉ. Está muy bien. (Vase foro.)

MAT. Qué amable! La verdad es que, sin conocerla, ha sido un atrevimiento mío molestarla haciéndola venir; pero yo la explicaré la causa y la rogaré que me perdone esta libertad.

JOSÉ. La señora Valverde.

MAT. Ah! Que pase. No se ha hecho esperar.

ESCENA IV

MATILDE. —LA VALVERDE.

VALV. Señora...

MAT. Oh! Tenga usted la bondad de pasar, y sobre todo de perdonarme la molestia que puedo haberla causado.

VALV. Señora Condesa, yo tengo mucho gusto en venir á ponerme á sus órdenes; y si no lo he hecho antes ha sido porque la vida del teatro no deja tiempo para nada.

MAT. Yo doy á usted las gracias; y comprendiéndolo así, prometo entretenerla poco tiempo.

VALV. No; por hoy he acabado mis ensayos, y no tengo prisa hasta la noche.

MAT. Sin embargo... Pero siéntese usted.

VALV. (Sentándose.) Muchas gracias.

MAT. (Se sienta también y al mirar á la Valverde se echa á reir.) Ja, ja, já!

VALV. Eh? (Por qué se ríe esta señora?)

MAT. Perdóneme usted; pero voy tanto al teatro Lara, y me hace tanta gracia todo lo que usted dice y hace en la escena, que no puedo remediarlo, y al verla á usted me río como una tonta. (Ríe.)

VALV. No me extraña. Es decir, no que ría usted como una tonta, sino que al verme recuerde usted algún chiste de las obras que me ha visto representar, y... al recordarlo...

MAT. Es que me hace mucha gracia la intención y la manera con que usted lo dice todo.

VALV. Es que ya voy siendo actriz vieja, y tengo la picardía de los años y de la experiencia. Eso es todo.

MAT. (Riendo.) Vamos; que no puedo mirarla á usted sin reirme.

VALV. Bueno, ríase usted.

MAT. Usted no se ofenderá de mi tontería, eh?

VALD. No señora; estoy muy acostumbrada á ello. Y me han pasado lances muy cómicos al ver que, sin yo explicármelo, producía la hilaridad de personas que me encontraba en la calle, en una visita, ó en cualquiera otra parte. Una vez iba yo en el tranvía de las Ventas, que es el que contínuamente tomo para ir á mi pueblo... Yo le llamo á mí casa mi pueblo, porque vivo junto á la Plaza de Toros, dos leguas de aquí.

MAT. Sí, ya sé. (Riendo.)

VALV. Y noté que dos señoritas que iban sentadas frente á mí, se dijeron algo al oído, me miraron y se echaron á reir. «Qué llevaré yo,» —me dije examinando mi traje de arriba abajo,— «que cause la risa de estas... sietemesinas?» Y al llegar á mi casa me miré á un espejo, y ví que una de las varias plumas que adornaban mi sombrero se había doblado, á causa del viento, sin duda, y su extraña colocación pudo muy bien producir la burla de las señoritas del tranvía; y con objeto de que no volviera á suceder, arranqué la torcida pluma... La arranqué!

MAT. Já, já!

VALV. Pero al día siguiente salgo de mi casa luciendo el mismo sombrero; subo al tranvía, y dos señoras jamonas, que iban sentadas al extremo opuesto de mi asiento, empiezan también á reir, mirándome con la mayor desvergüenza. «Otra plumita que se me ha torcido» me dije yo poniéndome como un pimiento riojano. Y con el mayor disimulo arranqué una segunda pluma del maldito sombrero.

MAT. Tiene gracia! (Riendo.)

VALV. Pero la risa continuaba; y seguir desplumándome, cuando ya está una dura de pelar, me pareció demasiado. Así es que me acerqué á aquellas señoras y las rogué que me explicaran su risa.

MAT. Já, já! Y aquellas señoras la dirían á usted lo mismo que yo acabo de decirla

VALV. Aquellas señoras estuvieron tan amables y cari-

ñosas conmigo que, por modestia, no me atrevo á decir todo lo que las buenas señoras me dijeron.

MAT. Y que usted merece indudablemente.

VALV. Oh! No señora, yo no he merecido nunca todo el cariño y la indulgencia que para mí tiene el público de Madrid.

MAT. Es usted modesta por que vale.

VALV. No señora; soy justa porque me conozco.

MAT. Pues ha de saber usted que hay también personas á quienes no hace usted gracia ninguna.

VALV. Ya lo creo, señora; muchas.

MAT. Pero consiste en que no la conocen á usted, en que no la han visto en escena una vez siquiera.

VALV. Y aun cuando así no fuera.

MAT. Y una de ellas es mi marido, el conde del Río.

VALV. No le gusta el teatro, eh? (Del Río!...)

MAT. Odia los teatros de verso y las obras que allí se representan. Y me mortifica, porque á mí me sucede todo lo contrario.

VALV. Hay gustos para todo. (Será este conde el de la historia?)

MAT. Pero yo la estoy entreteniendo á usted, sin pensar que para ustedes el tiempo es oro.

VALV. No; ya he dicho que no tengo prisa. Y le gusta el teatro Real al señor Conde?

MAT. Uf! Con delirio! No pierde una función ni un ensayo.

VALV. Tiene buen gusto. (El debe ser. El título es igual.

MAT. Usted no ha cantado nunca?

VALV. Yo no he podido en mi vida dar más nota que el *sí* natural; y eso porque las mujeres damos esa nota con mucha facilidad. Es la única que los hombres necesitan que demos.

MAT. Es verdad. Pues bien, señora Valverde, yo me he tomado la libertad de rogar á usted que viniera á mi casa, porque necesito de su auxilio de usted, de sus consejos y de su talento.

VALV. Señora... (Sabrá mi vecindad con la bailarina?)

MAT. Y como no me era posible ir á su casa de usted sin que mi marido se enterara de mi plan y se opusiera...

VALV. (No hay duda.)

MAT. Me atrevo á rogar á usted que nuestras entrevistas tengan lugar aquí, siempre que no la moleste.

VALV. Estoy á sus órdenes, señora.

MAT. En casa de los marqueses de Ponzano se prepara una función dramática...

VALV. Es verdad; lo he leído en un periódico.

MAT. Yo tengo el atrevimiento de tomar parte en ella, encargándome nada ménos que de representar un monólogo que usted ha hecho muchas veces en el teatro.

VALV. *Día completo*?

MAT. No señora, *La beneficiada*.

VALV. Ah! Sí; uno que hago yo todos los años, en que represento varios tipos distintos: una mujer celosa, una viuda alegre, una solterona triste, una carabinera retirada... Ya sé, ya sé cuál es.

MAT. Precisamente. Pero yo voy á representarlo muy mal, y quisiera que usted me ensayara esos papeles.

VALV. Con mucho gusto. Usted no ha sido celosa nunca?

MAT. No; mi marido, al menos que yo sepa, no me ha dado nunca motivo...

VALV. Su marido de usted es el señor conde del Río?

MAT. Precisamente.

VALV. Sevillano?

MAT. Sí, señora; de Sevilla, como yo. Pero, conoce usted á mi marido?

VALV. De vista. (Si no me equivoco.)

MAT. Es posible.

VALV. Y vamos á ver: usted, señora, no ha fingido nunca celos. . como recurso?

MAT. Eso sí. Hoy mismo, con objeto de que me dejara sola, he fingido incomodarme con él pretextando celos.

VALV. Magnífico! Pues eso es el teatro: la ficción. De modo que el ensayo mejor que puede usted hacer del primer tipo del monólogo es dar á su marido de usted una escena de celos.

MAT. Es verdad. Pero sería preciso que se presentara ocasión.

VALV. La buscaremos. Me tiene usted aquí á mí, y estoy muy acostumbrada en el teatro á hacer toda clase de papeles.

MAT. Já, já! Me alegro! Con eso comprenderá que no eran exajerados los elogios que yo le hacía de usted.

VALV. Muchas gracias; pero se me figura que vamos á simpatizar su marido de usted y yo.

MAT. El no debe tardar en volver á casa.

VALV. Perfectamente.

MAT. Ah! Y de quién voy á fingir celos si él no me ha dado motivo?

VALV. De... de una mujer imaginaria; de una bailarina, por ejemplo.

MAT. De una bailarina? Pues, mire usted: creo que á mi marido no le ha disgustado ese género.

VALV. Si todo marido es un danzante. Es decir: no me refiero...

MAT. Sí, señora; es muy posible. Fernando, de soltero, ha sido muy calavera.

VALV. Ah! Hay un recurso que precisamente está ahora muy en moda.

MAT. Sí? Cuál?

VALV. El de mister Cumberland.

MAT. El célebre adivinador?

VALV. Que no está ya en Madrid; pero ha dejado émulos dignos de su fama.

MAT. Ah! Ha entrado un coche en el portal!

VALV. No será el mío, puesto que no lo tengo.

MAT. Mi marido, sin duda. Y si la ve á usted aquí y sospecha...

VALV. No me conoce, eh?

MAT. No; pero... Vamos á mi tocador; allí podemos acabar de combinar el plan.

JOSÉ. Señora: el señor conde acaba de llegar.

MAT. Bien; pues no diga usted que esta señora está en casa; y si pregunta, dígale usted que yo he salido.

JOSÉ. Está bien.

MAT. Le parece á usted?

VALV. Perfectamente.

MAT. Pues vamos, vamos á mi tocador. Yo siento molestar á usted...

VALV. Al contrario: yo tengo empeño en sacar una discípula aprovechada.

MAT. Temo defraudar á usted en sus esperanzas.

VALV. Ya verá usted. Muchas gracias. (Porque Matilde la hace pasar antes.)

MAT. (A José.) Lo dicho.

JOSÉ. Está muy bien.

ESCENA V.

JOSÉ y FERNANDO.

FERN. Salió la señora?

JOSÉ. Sí señor; salió hace mucho rato.

FERN. Bueno; anda con Dios. (Vase José foro.) No hay duda que es sana y barata la vida del hombre honrado; pero es aburrida de veras. ¡Hasta mi caballo protestaba esta tarde de mi resolución! El pobre animal, al llegar á la Cibeles se empeñó en seguir hácia la Plaza de toros sin comprender que ya no torea su amo en aquel barrio. Y qué bien bailaba la condenada! Me van á hacer mucha falta las deliciosas horas que la dedicaba todas las tardes. Bah! No pensemos más en ella. Por fortuna, Matilde no se ha enterado de nada. Al contrario, hoy, que precisamente ya no había motivo, se ha empeñado en tener celos de mi salida. Pobrecilla!

JOSÉ. (Por el foro.) Señor...

FERN. Qué ocurre?

JOSÉ. Una señora que dice que desea hablar al señor.

FERN. Una Señora? Buscará á la señorita?

JOSÉ. La he dicho que la señora Condesa ha salido, y dice que por eso viene precisamente.

FERN. (Eh?) Y la has dicho que yo estaba?

JOSÉ. Sí señor.

FERN. Qué torpeza! Bueno; pues dila que pase.

JOSÉ. Está bien (Vase foro.)

FERN. Pues estoy bueno para visitas! Y dice que por que no está Matilde!... No acierto... Si habré salido de un lío y me... Ah!

ESCENA VI.

FERNANDO.—LA VALVERDE.

VALV. Caballero...

FERN. Señora... (No la conozco.)

VALV. (Mirando á todos lados.) No teme usted que pueda oir alguien nuestra conversación?

FERN. Creo que estamos solos. Y sobre todo ignoro qué es lo que voy á tener el gusto de tratar con usted.

VALV. Seguramente hablo con el señor Conde del Río?

FERN. Servidor de usted, señora.

VALV. Gracias. No es usted tan feo como yo me lo había figurado.

FERN. (Eh?) Agradezco mucho su amable rectificación. (Tiene gracia!)

VALV. Caballero: cuando á una la enteran de que un... hombre, y usted perdone que le llame así...

FERN. Al contrario; puede usted calificarme con toda seguridad.

VALV. Bueno; pues cuando á una la enteran de que un hombre ha hecho una mala partida á una pobrecita mujer, se lo figura una feo como el mismísimo demonio.

FERN. Es verdad.

VALV. Y si al verle, su cara da alguna esperanza de conseguir lo que se desea, no parece tan mal.

FERN. Vuelvo á dar á usted las gracias, pero ignoro á qué puede usted referirse.

VALV. Yo tengo una... sobrina, una hija *casi*, que por desgracias de familia tuvo que dedicarse á... algo *de aquí* (Haciendo un paso de baile.) y que, gracias á su buen corazón de usted, dejó... *esto* (Indicando baile.) para ir á habitar un precioso hotelito junto á la Plaza de Toros.

FERN. (Cuerno!) Permítame usted que cierre esas puertas.

VALV. Es usted muy dueño. (Si está la otra oyendo, se divierte!)

FERN. Ajajá. Siéntese usted.

VALV. Estoy bien; muchas gracias

FERN. De modo que viene usted por encargo de Esperanza?

VALV. No señor. (Soltó el nombre!)

FERN. Que no? Entonces...

VALV. Esperanza, caballero no me hubiera permitido nunca que diese este paso, y eso que la pobrecilla ha tenido que dar muchos del género francés (Indicando baile.) para proporcionarse la bucólica. Pero yo, que conozco el corazón de los hombres y sé que si, por desgracia, los hay duros como la roca, los hay tambien blandos como la manteca, he sospechado que el de usted, señor conde, podía ser de estos últimos, y á pesár de encontrarme algo delicada y sin ganas de nada, pero absolutamente de nada, me he atrevido á venir á verle á usted y ver si algo puedo conseguir por la pobrecita hija de mi co... ó mejor dicho, sobrina de mi corazón.

FERN. (Incomodado.) Pues ha hecho usted muy mal, señora.

VALV. Ay!... (Fingiendo un extremecimiento nervioso.)

FERN. Qué?

VALV. No haga usted caso; es que tengo la enfermedad de mi familia: el baile de San Vítor, y cuando se me habla un poco fuerte...

FERN. (Demonio!) Bueno; pues digo que no ha hecho usted bien en venir á mi casa; en primer lugar porque su presencia de usted aquí puede comprometerme.

VALV. Ay!.. (Extremeciéndose.)

FERN. Por Dios, no grite usted.

VALV. Si es nervioso; no haga usted caso.

FERN. Y en segundo, porque yo he concluido para siempre con Esperanza.

VALV. Ay!...

FERN. Pero ya sabrá usted que al acabar con ella he procurado que no la falte nada.

VALV. A eso vengo yo, caballero, á que la falte en lo sucesivo menos cn todavía.

FERN. Señora: yo la he mandado lo que he podido.

VALV. No es dinero, caballero, lo que á la pobrecilla la hace falta .. Ay!...

FERN. Pues, qué es?

VALV. Una sombra, un amparo, un espanta pájaros .. Un marido, en una palabra.

FERN. Señora, usted ignora que yo soy casado?

VALV. Cómo! .. Usted! .. Ay!... Casado!...

FERN. Canónica y civilmente.

VALV. Jesús!... Ay!... Ay!.. Que me dá!

FERN. (Sosteniéndola.) (Demonio!)

VALV. Agua... un poco de agua.

FERN. Agua? No la hay aquí, y si llamo se pueden enterar mis criados ..

VALV. Agua... caballero.

FERN. Ah! En la acera de enfrente hay un puesto. Tome usted (Sacando una moneda.) y que se la den con azucarillo.

VALV. Imposible salir *ahora*.... imposible *ahora*.... *Ahora* .. Ay!

FERN. Diablo! Y qué hacer?

MAT. (Matilde llamando en la puerta del foro.) Fernando!...

FERN. Digo! Mi mujer!

VALV. Quién ha dicho usted?

FERN. Mi mujer, señora, mi mujer. Me ha perdido usted!

VALV. Por Dios, no me hable usted fuerte... Ay!

MAT. Fernando!...

FERN. Voy.

VALV. Dígala usted que entre. No tema usted, yo sé contenerme y disimular.

FERN. Señora... entre usted en esa habitación, entre usted, y hágame el favor de no moverse. Voy. (Acompañando á la Valverde y metiéndola por la primera derecha.)

VALV. Jesús! Qué mal rato le estoy á usted dando!

FERN. Cállese usted, por favor.—Voy... Uf... Sudo tinta! (Después de haber cerrado la puerta primera derecha, va hacia el foro y abre.) Voy.

ESCENA VII.

FERNANDO.—MATILDE.

MAT. Qué hacías?

FERN. Yo? Me... me había dormido.
MAT. Tú?
FERN. Yo, sí; creo que... me había dormido; de veras.
MAT. Mírame de frente.
FERN. Para qué? (Debo estar pálido!)
MAT. Já, já, já! (Mirándole y riendo.)
FERN. Por qué te ríes?
MAT. Cuando yo te preparaba una sorpresa, quieres tú á tu vez sorprenderme á mí, presentándome á esa señora.
FERN. Cómo es eso! No te entiendo!
MAT. Já, já, já! Si ya sé que está ahí.
FERN. (Lo habrá dicho José?)
MAT. Te ha reconocido ya la cabeza? Ha acertado tu pensamiento?
FERN. Pero, qué es lo que dices?
MAT. Verás (Va á la puerta primera derecha.)
FERN. Pero, Matilde!...
MAT. (Abriendo.) Mis Cumberland; tenga usted la bondad de pasar aquí.
FERN. (Eh? Mis Cumberland?. .)

ESCENA VIII.

DICHOS.—LA VALVERDE.

VALV. (Saliendo.) Señora... (Bajo á Fernándo.) (No tema usted!...)
FERN. Pero, tú conocías á esta señora?
MAT. No he tenido el gusto de verla hasta ahora; pero la esperaba, puesto que la rogué que viniera.
FERN. Que viniera?... (Me escamo!)
VALV. Así es efectivamente. (Bajo á Fernando.) (Me equivoca con otra; pero cállese usted.)
FERN. (Demonio!) Ah!... Sí, sí... De modo que la rogaste que viniera?
MAT. Y al saber por José que había aquí una señora, comprendí enseguida que era mis Cumberland.
VALV. Naturalmente... quién había de ser?
FERN. Claro!... (Que no la dé á usted lo de antes.)
MAT. Oh! Ya verás qué maravilla! Yo no la he visto

á usted trabajar; pero mister Cumberland verdaderamente me maravilló.

FERN. Ah! Se trata de?...

VALV. Sí; por lo visto, de dar á ustedes una sesión de adivinación; y nada más sencillo. (No tema usted, yo he echado las cartas muchas veces.) (Bajo á Fernando.)

FERN. Eh?... (Qué lista es!)

MAT. De modo que puedo saber yo el pensamiento de mi marido, y mi marido el mío? No es eso?

VALV. Perfectamente.

FERN. Sí; pero podíamos dejarlo para otro día Estoy nervioso.

VALV. Oh! Mejor.

FERN. (Bajo á la Valverde.) (Por Dios..)

VALV. El estado nervioso favorece mucho el experimento.

MAT. Claro; hay más sensibilidad.

FERN. (Si será comedia?)

VALV. Vamos á ver.. Señora, tenga usted la bondad de coger una aguja muy larga y clávarsela á su marido de usted en cualquier parte del cuerpo.

FERN. Caracoles!

VALV. Oh! No; si no va usted á sentir nada.

MAT. Claro. Deja y verás.

FERN. No, no. Por si acaso.

VALV. A usted le pinchan; pero soy yo la que va á sentir el dolor.

MAT. Eso es; deja hombre.

FERN. No; yo no puedo consentir eso. Yo soy muy galante y prefiero ser yo el que sienta ese dolor... Pínchese usted, señora, pínchese usted.

VALV. Oh! Bien. Tenga usted la bondad de volverse de espaldas.

FERN. Yo? (Se vuelve.)

MAT. Sí; sin ver donde va á pincharse. Perfectamente. Ahora, siéntate. (Va á sentarse en una silla en la que Matilde clava un alfiler en el asiento y que le coloca para que se siente.)

FERN. (Esto va á cabar mal.)

MAT. (Sentándole.) Siéntate.

FERN. (Dando un salto y quejándose.) Ay!

MAT. Lo ves?
FERN. Caracoles!
VALV. Dónde me he pinchado, caballero?
FERN. Señora... no... no me he fijado bien.
MAT. Pero, lo sentiste?
FERN. Creo que sí.
VALV. Pasemos á otra cosa. Déjeme usted su mano.
FERN. Sin alfiler, eh?
VALV. Oh! Nada. Reconcentre usted su pensamiento.
FERN. Pero ..
MAT. Quieto.
VALV. Usted está pensando en una bailarina del teatro Real.
FERN. (La soltó!) (Al sentarse.) Ay!
MAT. Fernando!... (Ahora es la mía.)
FERN. Señora!... (Me ha perdido usted)
VALV. Oh! .. Yo creo que no...
MAT. Infame! Falso! Perjuro!...
FERN. Pero, Matilde ..
MAT. Ni una palabra, ni una palabra
FERN. Yo te aseguro que esta señora se equivoca.
MAT. Eh?... Infame... infame .. é infame!
VALV. Bien, muy bien.. pero con más fuego... Tírele usted algo á la cabeza.
FERN. Eh?... (Qué significa?...)
MAT. Oh! Sí, un libro .. Traidor! (Coge un libro y se lo tira.)
FERN. Pero, qué es esta farsa?
MAT. Já, já, já! No puedo contener la risa... No puedo.
FERN. Eh?... Pero, señora!...
VALV. Va á ser una gran actriz.
FERN. Eh?. .
MAT. Fernando: tengo el gusto de presentarte á la señora Valverde, actriz á quien tú no conocías, y que ha tenido la bondad de venir á ensayarme un papel que hemos procurado hacer á lo vivo.
FERN. Pero, cómo! La señora Valverde?... La actriz del teatro Lara?...
VALV. Señor Conde: yo siento que mi primera visita

haya sido tan desagradable para usted, pero yo procuraré enmendarme en las sucesivas.

FERN. Señora, la verdad es que...

MAT. Y qué tal he representado mi papel? Con franqueza.

VALV. Perfectamente; pero ya lo iremos perfeccionando.

MAT. Tenía que fingir celos espantosos, y elegimos una bailarina. Tuvo gracia, verdad?

FERN. Ah! Ya! Mucha.

VALV. Sí; como podíamos haber elegido cualquier otra; sabe usted?

FERN. Y por qué se le ocurrió á usted precisamente la bailarina?

VALV. Por .. qué se yo? (Bajo á Fernando.) (Es vecina mía.)

FERN. Ah! Sí? Pues ha sido ingeniosa la broma! Ha tenido mucha gracia... mucha (Demonio!)

MAT. No te decía yo que deseaba que conocieras á la señora Valverde?

FERN. Oh! Sí señora: me aficiono á usted, señora Valverde.

VALV. Señor Conde!...

FERN. Digo: al género que usted representa en el teatro.

MAT. Oh! Ya lo creo!

VALV. Pruébemelo usted.

FERN. Cómo?

VALV. Viniendo esta noche á mi beneficio.

FERN. } Ya lo creo.
MAT. }

MAT. No faltaremos.

VALV. Y aplaudiendo una obra muy mala, pero escrita con la mejor intención: *La Valverde.*

CAE EL TELON.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé,* Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martin,* Puerta del Sol, 6; de *don M. Murillo,* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado,* calle de Esparteros, 11; de *Gutemberg,* calle del Príncipe, 14; de los *señores Simon y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *Escribano y Echevarría,* Plaza del Angel, 12; de *Hermenegildo Valeriano,* calle de San Martín 2, y Sres. González é hijos, Puerta del Sol, 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné,* 15, rue Monsigni, PARÍS. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, LISBOA y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior,* rua do Bomjardin, PORTO. ITALIA: *Cav. G. Lamperti,* Via Ugo Fóscolo, 5, MILAN.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.